

HOMENAJE A TRES MIEMBROS DE LA SOCIEDAD CIENTIFICA DE CHILE: DR. EDUARDO CRUZ COKE, PROF. GUILLER- MO FELIU CRUZ Y DR. LEO- NARDO GUZMAN

En sesión solemne, celebrada el día 19 de junio del año en curso y en el Salón de Conferencias de la Biblioteca Nacional, la Sociedad Científica de Chile procedió a la entrega de diplomas de Miembros Honorarios a los Miembros Titulares doctores EDUARDO CRUZ COKE y LEONARDO GUZMÁN C.

En la misma sesión solemne, pública, se incorporó a la Sociedad, en calidad de Miembro Honorario, el Director General de Bibliotecas, Archivos y Museos, Prof. Guillermo Feliú Cruz.

En esta oportunidad, el presidente de la Sociedad, Prof. Hugo K. Sievers W., pronunció el discurso de recepción y el Prof. Guillermo Feliú Cruz hizo su disertación para incorporarse sobre "La necesidad de hacer la historia de las ciencias en Chile".

DISCURSO DEL PRESIDENTE DE LA SOCIEDAD, PROFESOR DON HUGO K. SIEVERS

Señores miembros honorarios,
señoras y señores:

LA Sociedad Científica de Chile, atenta apreciadora de la labor de los individuos que se destacan por su actuación en el estudio de los asuntos de interés nacional, en el ancho campo de las ciencias todas, y que justiprecia a aquellos que aportan, de buen grado, sus luces y su colaboración desinteresadas a nuestra corporación, procurando el mayor brillo de ella, ha resuelto en sesión extraordinaria del día 23 de abril último otorgar la más alta distinción de Miembro Honorario a los señores Horacio Aravena A., Dr. Eduardo Cruz Coke, Guillermo Feliú Cruz y Dr. Leonardo Guzmán C., y ha acordado, asi-

mismo, en sesión ordinaria de 14 de mayo, hacer la entrega de los respectivos diplomas en el acto solemne que ahora se celebra en este Salón Auditorium de la Biblioteca Nacional.

En un acto anterior, revestido de la misma solemnidad que éste, celebrado en el paraninfo de la Universidad Técnica del Estado, asociándonos a la Sociedad Chilena de Nutrición, Bromatología y Toxicología, acreditamos al Miembro Honorario Prof. Horacio Aravena A., Rector de la dicha Universidad, destacado investigador en el campo de la química y antiguo docente y, en tal oportunidad, se rindió merecido homenaje a su dilatada actuación científica, pasando a decorar nuestras filas.

En el día de hoy, señoras y señores, recibimos a dos antiguos miembros titulares de nuestra corporación, los señores Dr. Eduardo Cruz Coke y Dr. Leonardo Guzmán C., para hacerles entrega del diploma de Miembros Honorarios. Debo recordar en estos momentos, en que me corresponde el alto honor de hacerlo, que cuando ingresé a esta docta Sociedad Científica, hace 28 años, ellos ya habían inscrito su nombradía en los anales de la institución, su reputación científica rebasaba las fronteras nacionales y eran laureados en los mejores centros científicos extranjeros. Pero hay más: pronto cumpliré 40 años de haber sido un profesional que perfeccionaba sus conocimientos en el exterior y ya escuchaba asombrado el elogio que de ellos se hacía en los centros de altos estudios de Argentina, Brasil, Francia, Alemania, Austria y España. ¿Cómo no he de recordar las palabras del notable cancerólogo Angel H. Roffo, del Instituto de Medicina Experimental para el Estudio del Cáncer de Buenos Aires y las menciones en el Institut Curie de París sobre la labor de Leonardo Guzmán, en materia de cancerología, calificándolo como uno de los más renombrados en la América nuestra? ¿Cómo no he de recordar la ponderación de los trabajos de Eduardo Cruz Coke en el Instituto Bacteriológico de Buenos Aires, en el Instituto Oswaldo Cruz de Río de Janeiro, y en el Institut Pasteur de París, de boca de Roux, de Calmette, de Levaditi, de Weimberg, de Guerin y de tantos otros; así también en Viena, en Mödling, en Hamburgo, en Berlín y en Madrid?

Entonces, confieso, se henchía mi espíritu de un inefable orgullo de ser chileno y de una gratitud pletórica hacia hombres como estos que, con su brillante actuación, habían sabido abrir sendas para quienes, viniendo desde Chile, buscaban el mejor conocimiento en otras tierras, gozando de una credencial tan poderosa y reputada.

Incorporamos a Guillermo Feliú Cruz, Director General de Bibliotecas, Archivos y Museos, historiógrafo e historiador de altos ran-

gos académicos, polígrafo enjundioso, investigador incansable de la historia patria, publicista, individuo de brillante actividad docente en la Universidad de Chile, profesor en ella desde la ayudantía hasta la cátedra en la Facultad de Filosofía y Educación y en la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales, Decano luego de la primera prestigiosa Facultad y Secretario General de la Universidad. Acaso pocos, como el que habla, han sido atentos observadores de su paso firme desde las aulas del Liceo. La mejor alabanza que de este hombre se puede hacer, es que todo lo que ha emprendido lo ha hecho bien, con tal vigor y temple que le señalan de estructura basáltica en su apariencia endeble; sin concesiones en sus principios, casi hasta la intransigencia; hosco al adulo contemporáneo; hombre fuerte, en fin, que desafía la impopularidad y el juicio adverso, afrontando sin desánimo la incompreensión, sabiendo como sabe, que es posición casi insostenible la de ser comprendido por pocos y criticado por los más, sin esgrimir otra arma que esa suerte de firmeza conquie el espino resiste el vendaval sin doblegarse.

Demasiado conocido; cuando recientemente visitara los Archivos de India, las puertas le fueron franqueadas como a un viejo amigo y los más preciosos incunables pasaron por sus manos de pesquisador experto.

El implacable destino del hombre nos arrancó de las filas a José Toribio Medina, primero, y a Domingo Amunátegui Solar después, dejando un vacío en los registros de la Sociedad Científica y el saber y la erudición de ellos se ausentó de nuestra tribuna. Desde hoy les reemplaza Guillermo Feliú; el discípulo predilecto sustituye al maestro; el colaborador inteligente pasa a ocupar el sillón que ellos dejaron.

La enseñanza, señoras y señores, no radica sólo en la clase magistral, no en los laboratorios, no en las aulas; la mejor enseñanza es el ejemplo que el hombre formador de hombres ofrece en todos sus actos y, es más que todo por tal razón, que los cuatro Miembros Honorarios son a nuestro juicio esclarecidos educadores y esta academia científica, la más rancia de Chile, les reconoce como tales y se precia, ahora, de disfrutar de su presencia dignificadora.

Añádese a estas características que les señalan como personalidades sobresalientes, el acendrado espíritu público que siempre les ha animado y que jerarquiza las trayectorias de sus vidas fecundas, dedicando sus mejores esfuerzos al bien público y al progreso de la nación; siempre entregados a un invariable gesto de solidaridad humana y a una generosa comprensión de la necesidad de cooperar de manera irrestricta, al mayor desarrollo y prosperidad de nuestra República.

Formados todos ellos en nuestro país, han sido a la vez cosechadores infatigables de todo lo bueno que producen los grandes centros culturales y científicos del mundo.

Elevando sus espíritus selectos han sabido contraer esa fecunda obligación moral de servir al país por servirlo, demostrando con el ejemplo que tal compromiso es un deber superior, voluntario, que el ciudadano debe saber que no se extingue por edad, por fatiga ni por años de labores, porque sólo cesa por invalidez invencible y allí están ellos activos, el uno presidiendo una Universidad, el otro, incansable, investigando el cáncer, aquél presidiendo la Comisión Nacional de Energía Nuclear y, por fin, Feliú custodiando el patrimonio bibliográfico del país.

Pareciera asunto de poca monta y vulgar acontecimiento que un grupo de hombres, hechos de materia deleznable y copiosas debilidades humanas, se constituya en jurado para premiar o para desconcepcionar a otros hombres, hechos también de frágil material. Mas, en el caso, no es así. Quienes nos hemos arrogado tal potestad para acordar tan altas distinciones, no lo hemos hecho por ser quienes somos, sino en cuanto a depositarios impersonales del legado de centenas de hombres que, durante trece lustros, vienen ocupándose en nuestro país del cultivo afanoso y del progreso de las ciencias todas en sus múltiples manifestaciones. Ellos han forjado una tradición que nos impone medida en el juicio y consecuente acatamiento de normas de conducta ecuánime, cuya conservación debemos custodiar con severidad, celo y gran prudencia, para preservarlas de deterioro y desnivelación. De este modo singular, nuestros predecesores nos obligan a aquilatar con parcidad los méritos capaces de conformar la personal privanza de quienes se hacen acreedores a que se les señale por su vida ejemplarizadora y sus valimientos.

En un acto como éste, exaltar con fácil laudatorio la vigorosa personalidad de cada uno de los Miembros Honorarios ante esta selecta concurrencia que nos acompaña, me parece ocioso e inútil abundamiento, porque aquí están ellos y vosotros por sus obras les conocéis. Significaría, acaso tal vez, desairar con inexcusable desmaña a quienes han llegado a este recinto, para dar mayor brillo con su presencia y cabal conocimiento, a este acto que es natural y fluida derivación de los méritos largamente acumulados por estos hombres y lógicas secuencias, además de las actividades de una corporación científica cuya ascendencia arraiga en setenta y tres años de actividades sin solución de continuidad.

Estoy cierto y seguro que cualesquiera de vosotros podríais hacer mejor panegírico de estos hombres y, entonces, tórnase vano todo

intento de acometerlo con mejor suerte y sin exponerse a justa crítica por omisiones, ya que es fácil incurrir en ellas cuando son tantos los antecedentes que jalonan la vida de estos ciudadanos e individuos que siguen prodigándonos con su ejemplo y sus trabajos.

Antes de hacer entrega de los diplomas que les acreditan como Miembros Honorarios de nuestra corporación, corresponde al Prof. Guillermo Feliú Cruz leer su trabajo de incorporación a la Sociedad Científica de Chile y, al hacerlo, hará el elogio de nuestros antiguos miembros titulares, doctores Eduardo Cruz Coke y Leonardo Guzmán C.

Me es muy grato ceder a él esta tribuna.

SOBRE LA NECESIDAD DE HACER LA HISTORIA DE LAS CIENCIAS EN CHILE

por don Guillermo Feliú Cruz

Discurso pronunciado en el acto de recibir el Diploma de Miembro Honorario de la Sociedad Científica de Chile

Con toda justicia, señor Presidente, habéis encomiado en vuestras cordiales palabras en esta ocasión solemne, los méritos de dos grandes servidores públicos, de dos médicos eminentes, de dos valores de la ciencia nacional, de dos ciudadanos, en fin, cuyas vidas consagradas al bien público común, pueden mostrarse magníficamente como paradigma de virtudes cívicas. El doctor Leonardo Guzmán y el doctor Eduardo Cruz Coke, han llenado, efectivamente, un espacio considerable de sus fructíferas existencias en la consagración de las necesidades del mundo social, en esas necesidades que requieren mitigar dolores físicos y morales, dar sensación de confianza, de paz, para en ambos casos, otorgar en la desolación de las almas, amparo, calor, bondad, dulzura, comprensión, amor, esperanza en la caridad sin exigencias, como un bálsamo sobrenatural. En otras jornadas, sin desfallecer tampoco, han contribuido a levantar el espíritu del semejante, embelleciéndolo con los mirajes hacia horizontes de luz, en la percepción de la verdad, al abrir la inteligencia hacia móviles que implican una conducta social, y en esfuerzos para educar los sentimientos en los de responsabilidad colectivos. En cada uno de estos dos individuos, formados en ideologías tan opuestas, pero, sin embargo, coincidentes cuando se ha tratado de la defensa misma de la libertad, las barreras de la separación han caído, y ello ha sido cuando han visto en peligro la dignidad humana y flaquear las instituciones que las preservan. El cumplimiento del deber en la integridad de la libertad, los ha conducido a buscar el sitio rector que les exigía su conciencia en la

defensa de la patria y su enaltecimiento. Formados en la misma severa tradición académica y docente que ha conducido los estudios médicos en Chile, en mucho más de un siglo, los doctores Guzmán y Cruz Coke, son personeros —sacerdotes es la adecuada expresión— de la ciencia en que cada uno ha descollado en la especialidad preferida. En ella se destaca la acción poderosa de la individualidad en el servicio profesional. Tiene ella una característica inconfundible, y se reduce a una sola palabra. ¿Sabéis cuál es? Desinterés. Ha sido, por sobre todo, ejemplarmente altruista, y en seguida, se ha volcado con pasión en esfuerzos estimulantes para las realizaciones del progreso de la ciencia a que les llamó una vocación irresistible. Dejan en el laboratorio, en la cátedra, en el libro, en el folleto, en la revista, en el diario y en la conferencia, una larga producción científica que hace parte importante en el acervo cultural de Chile. Los dos, por otra parte, han tenido la suerte de hacer desbordar el cauce de sus pensamientos en iniciativas creadoras en el foro mismo donde se discuten los problemas nacionales.

En el Congreso, ya como diputados, ya como senadores, rebasando los partidos de sus afecciones, con el designio de atender sólo al bien social, en el trabajo silencioso de las comisiones parlamentarias, han impulsado leyes de protección y amparo de la comunidad. Les ha cabido otra suerte más todavía. Como Ministros de Estado, en carteras técnicas, han hecho aplicar esas leyes, han propulsado otras, han generado algunas, e hicieron prevalecer, desde los altos círculos de gobierno, las propias concepciones médico-jurídicas que los animaba como profesionales, como hombres de ciencias y como estadistas. Se ha dicho que nuestros historiadores, los del siglo XIX, no sólo escribieron la historia de nuestras vicisitudes, sino que también ellos mismos la hicieron al intervenir en la vida política e intelectual del país de un modo tan señalado, influyéndola directamente. De muchos médicos puede decirse lo propio; pero difícilmente la comparación pueda aplicarse mejor que a la obra de los doctores Guzmán y Cruz Coke. La acción personal que ambos han impreso al progreso médico de Chile, cada uno en su especialidad y en la consideración de un asunto tan vasto y complicado, los hace actores de primera línea de de un largo trozo de la historia de la medicina nacional.

*

* *

Vuestras palabras, pues, señor Presidente, son exactas en la valoración de las dos nobles figuras a las cuales la Sociedad Científica de Chile ha otorgado su más alta distinción. En cuanto a mí. . ., señores,

hay ciertos honores irrenunciables. Si tal se hiciese, ello importaría una ofensa, además de significar en quien cometiera tal atentado, un orgullo, una soberbia, lindante en la vesanía. Puedo deciros, en cambio, que en vuestra benévola distinción veo un estímulo para seguir en el camino del bien público que a mi conciencia impuso mi ardiente patriotismo desde mi primera juventud. La pasión por el interés público, que es lo que caracteriza las vidas de los doctores Guzmán y Cruz Coke, tiene en mí la misma fuerza moral, el mismo vigor, la misma resolución de servir. Permitidme deciros que en este aspecto de mi ya larga actuación, no ceda a nadie el paso, y sí encuentre iguales en el propósito de alcanzar para la patria, en la medida de mis oportunidades, el destino que ha ensoñado mi fe en su destino, en la ascensión de su perfección. En esta ocasión tan impresionante para mí, reclamo, como único mérito para recibir la altísima distinción de la Sociedad Científica de Chile, los servicios prestados con amor y con pasión a la enseñanza, a las letras, a la administración pública, en más de cuarenta años de una consagración sin desmayo, o mejor dicho, como escribió un cronista del siglo XVIII, "con el orgullo de estimar de que en esto del servicio público hay mucho de propia estimación".

Han caído sobre mi cabeza las hojas de un bien entrado otoño. Estoy un poco más allá del medio de la vida de que habló el poeta. Un sol que tiene todavía tibiezas de ensueño anima el vigor de los ideales del alma y los impulsos rebeldes de una voluntad impertérrita. ¿Puedo decir que no siento los crueles desgastes de los años como los de la roca que el viento suaviza en sus duras aristas?

Os hablo así como excusa por tomar la palabra en esta ocasión. Mis dos colegas, los doctores Guzmán y Cruz Coke, alientan fresca también la juventud del alma. En razón del tiempo, son ellos miembros antiguos de la Sociedad Científica de Chile y yo un recluta entre sus componentes. La tradición académica de algunas corporaciones sabias, quiere que se establezca un orden inverso de jerarquías; que sea el más nuevo el que asuma la secretaría, y en la judicatura, corresponda al magistrado novel emitir la opinión, el dictamen. En consideración a tales venerables antecedentes, el Consejo de la Sociedad Científica de Chile dispuso que el novicio que ingresa al cuerpo de la corporación, os dirija la palabra. Comprenderéis, señores, que es una orden la que he recibido, junto con un honor insigne. En otra ocasión nos complaceremos en escuchar la palabra de los doctores Guzmán y Cruz Coke, cuyos trabajos científicos serán oídos con la atención que debemos a los Maestros. Desde luego, me anticipo a ofreceros el Auditorium de la Biblioteca Nacional, tribuna tantas

veces ocupada por ilustres hombres de ciencias, de las letras y de las artes, así nacionales como extranjeros.



Hace mucho tiempo que nos preocupa un tema de la historia de nuestra cultura que no ha sido abordado en toda su amplia dimensión y que debe considerar con decisión una corporación como la Sociedad Científica de Chile. Me refiero a la necesidad de encarar dentro de un trabajo en equipo, muy bien sistemado en la materia, la historia del desarrollo de las ciencias en Chile y, seguidamente, como su complementación natural, el diccionario biográfico de los individuos que a ellas se han consagrado. Comprendemos desde luego que hay concretamente que establecer, antes de la planificación del asunto en sí mismo, cuáles son las ciencias que caen dentro de esta historia. Es éste un asunto de definición, de apreciación filosófica, de método, en resumen. Demos por resuelta esta primera cuestión del plan de ordenación de la materia y miremos el campo de trabajo que se nos presenta a nuestra vista para abarcar, en una mirada general, el ambiente en que han progresado las ciencias en el país, ya definidas como tales en la historia de una manera específica. El progreso ha sido evidente en el correr de ciento cincuenta años de vida libre. Pero los hombres de ciencias y los resultados obtenidos en su cultivo ¿han alcanzado esa amplia difusión que universaliza su conocimiento, que los pone al servicio del medio social como fuente de ilustración, como don precioso del progreso intelectual? Hablamos del presente. Al hacerlo, señalamos una deficiencia grave en los individuos que se dedican a la investigación porque, como director de una revista, la que es órgano de la Extensión Cultural de la Biblioteca Nacional, la revista "Mapocho", hemos sentido la falla sin poderla ni cubrir ni atenuar. Al exponer cuáles son los ideales que debe cumplir el editor de una revista del género de la nuestra, decíamos no ha mucho. "En la producción intelectual chilena hay una veta pobre, misérrima, sin relieve ni significación. Es la literatura científica. El ensayo de esta índole, al nivel de la divulgación, es escasísimo. La producción científica misma alcanza una especialización desesperante por su localismo, por lo circunscrita de ella, debido a lo cual carece de irradiación. Sin embargo, las universidades gastan sumas enormes en lo que se llama con énfasis la "investigación científica". ¿Dónde se encuentran positivamente los resultados de estas investigaciones? ¿Qué niveles de originalidad tienen tales investigaciones? Cuesta mucho en Chile para un editor del carácter de la revista "Mapocho",

contar con la permanencia de artículos científicos de esta índole. Igualmente escasos son los de divulgación científica. Parece no haber un grupo de individuos que quiera elevarse sobre la especialización misma humanizándola, sacándola del ambiente en que se desenvuelve tan sin horizontes". La crítica que formulamos se inspira en el propósito eminentemente constructivo de dar a conocer, en la medida de una ilustración media, el conocimiento de la vida científica de los elementos que componen el mundo físico nacional. Hoy sabemos menos de nuestra fauna y flora que en el siglo pasado; conocemos con más irregularidad que entonces otros mundos de la naturaleza. ¿No ignoramos nuestra geología? Sin duda, los estudios de una rigurosa especialización existen, pero no llegan al hombre de cultura media. ¿Por qué? He aquí una interrogación sugestiva, y cuya respuesta no debe ser una sino varias que explicarían la circunstancia. ¿La especialización se contrapone, está en divorcio, con la formación humanista del investigador? He aquí otra interrogación que, a su vez, induce a otra serie de cuestiones tocantes a la formación intelectual del hombre de ciencia en nuestro medio. Si miramos hacia el pasado, tan miserablemente dotado de los elementos de trabajo para empresas de la aventura del pensamiento, en dimensiones imaginarias, nos sorprende el dato de las posibilidades en que se encontraban los criollos chilenos del siglo XVIII, en sus aptitudes, para cultivar las ciencias. Una vieja crónica consigna la sugerente información. El historiador jesuita Felipe Gómez de Vidaurre, autor de la *Historia Geográfica, Natural y Civil del Reino de Chile*, escrita en 1789, decía en el capítulo destinado a presentar el estado intelectual del dominio español de Chile en ese siglo, estas significativas palabras: "No pocos chilenos se han aplicado a las bellas letras de la poesía, tanto latina como española, a la retórica, al conocimiento de las lenguas de Europa. Otros se han empleado en la geografía, en la historia antigua y moderna juntamente, quien en la eclesiástica, quien en la civil. No faltan tampoco quienes se den al estudio de la naturaleza, como a muchas partes de la física experimental. Se encuentran en Chile hombres que poseen el sistema newtoniano, otros el de Cartesio y no pocos que discurran fundadamente sobre lo que en uno y otro sistema se debe corregir. No quiero decir que estas ciencias hayan adquirido un grado que pueda decirse de perfección, pero no dudo decir que ellas son de estimación de los criollos y que según lo que ellos procuran instruirse en ellas, si los libros que tratan de estas facultades llegasen allá en mayor copia y si lo mismo sucediese con los instrumentos necesarios para ciertos experimentos, serían hoy día muy notables los adelantamientos que en ellas habrían hecho, y

muchos más los que se aplicaran a ellas. Por sólo este fin ellos no dudan pagar a un sumo precio cualquier libro que llega sobre algunas de estas facultades; y para facilitarse la inteligencia de las obras francesas que sobre estas materias tratan, se aplican a entender la lengua francesa que sólo a este fin les ha hecho servir. En fin —concluía el historiador— un sabio y erudito europeo encontrará muchos en aquel rincón del mundo con quien conversar sabiamente y quien le dé luces en muchos puntos de la historia natural ignorados aún de la Europa; les haga ver los errores de los escritores sobre diversos puntos de historia de América, de la geografía de esta parte, y, en fin, hombres que con sano juicio e imparcialidad le sepan hacer una justa y prudente crítica de los autores”.



Hay en este relato una sensacional revelación. La visión del estado cultural del Reino de Chile al finalizar el siglo XVIII cae hecha pedazos frente a la que se desprende de la que nos dieron los historiadores clásicos, Amunátegui, Barros Arana y Vicuña Mackenna. Al leer las líneas del jesuita Gómez de Vidaurre, en las que se describe un ambiente propicio para las disciplinas del espíritu, parece que ellas refirieranse a otro país. El historiador que anotó la situación que consigna en su crónica, forma parte de la serie de los autores que describieron la naturaleza física del país. Son los precursores de la ciencia, los que abren su portada. En el primer plano, llenándolo casi completamente, se destaca el abate Juan Ignacio Molina. Cuantos escribieron la historia civil —como decían los cronistas— trazaron igualmente la física, es decir, estudiaron la flora y fauna, la meteorología, la geografía, la geología, la hidrografía, en suma, todos los accidentes del territorio nacional. El propio conquistador Pedro de Valdivia en sus cartas a Carlos V, esbozó las condiciones del clima, de la naturaleza, que su espada sometía en áspera y épica contienda. Cosme Bueno, Vicente Carvallo Goyeneche, Pedro de Córdoba y Figueroa, Alonso Góngora y Marmolejo, Francisco Núñez de Pineda y Bascuñán, Miguel de Olivares, Alonso de Ovalle, José Pérez García, Diego de Rosales, Santiago de Tesillo, Luis Tribaldos de Toledo, los cronistas chilenos, citados en orden alfabético, autores unos del siglo XVI, otros del XVII y del XVIII no pocos, forman la lista de los que intentaron la descripción científica del Reino de Chile. Ocupan en el plano de la ciencia española, el mismo sitio que se le concede indisputablemente a la figura renacentista del Cronista Mayor de Indias, Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés, historiador máximo de América, quien

describió en forma sin igual la naturaleza del nuevo mundo, o bien, a Antonio de Herrera, brillante inteligencia del Siglo de Oro, y, por último, a Hipólito Ruiz y Pavón, botánico, representante del pensamiento de la ilustración hispana. Hombres formados en el humanismo clásico, algunos en razón de estudios superiores, otros influidos por la educación refleja, lo bebieron con la fuerza de una ágil curiosidad intelectual inextinguible y, por ello, fueron, en virtud de un poderoso espíritu de observación, los que científicamente interpretaron con maravillosa fidelidad los mundos físicos americanos que contemplaron en su oriundez. Los nuestros, los cronistas que anteriormente nombré, por sí solos constituyen los primeros nombres del capítulo de los precursores de las ciencias naturales. Algunos de ellos todavía tienen valor en lo que escribieron al tratar de las especies aborígenes que poblaban el país en cada uno de los reinos de la naturaleza.



A la verdad, nunca se ha hecho un estudio de conjunto de los cronistas de los diversos siglos en que florecieron, apreciándolos científicamente, comparando sus métodos, analizando la capacidad de observación, destacando el poder de la imaginación, señalando la preparación científica de que estaban dotados. Un estudio de esta naturaleza, sería revelador de cómo, al través de las plumas de los cronistas, nace, en la pupila de cada uno de ellos, la idea de los elementos de la naturaleza que hicieron el mundo físico de Chile, las deformaciones que introdujeron, las realidades permanentes que observaron, las engañosas apariencias que fabularon.

Los cronistas abren y cierran en cada siglo de la dominación española un período casi completo de la cultura intelectual de Chile, porque al dar a conocer el país en su estructura física, son ellos mismos los que plantean el criterio científico que los domina. Sin embargo, este aserto no es muy exacto. Cabe observar que algunos cronistas escribieron fuera de Chile y eran chilenos. Los jesuitas, por ejemplo. ¿La formación intelectual, al abandonar el país al tiempo de la expulsión en 1767 debieronla al mundo europeo? ¿No la habían recibido en sus aulas? No cabe duda que perfeccionaron los conocimientos, pero la dirección del espíritu, la orientación, fue obtenida en la disciplina de los claustros chilenos. Otros, con menos preparación, sólo acreditaron la voluntad de conocer, y lo que hicieron por fijar los rasgos de Chile, como naturaleza, forma, desde otro punto de vista, la manifestación del deseo de penetrar en lo ignoto, de explo-

rarlo; y aun cuando pobres sean los resultados que obtuvieron, denotan esos intentos dones preciosos, pero infecundos si se quiere, de curiosidad intelectual.

La cultura científica reflejada en los geógrafos, en los naturalistas, en los minerólogos, en los metalúrgicos, en los matemáticos, en los físicos, químicos, etc., es un capítulo tan interesante como el anterior, pero en el cual, junto a nombres venerables de españoles, es preciso recordar los de los extranjeros como impulsores. La historia de las matemáticas y de la astronomía no podría eludir los del jesuita francés Feuillée y el del ingeniero Frezier. Machado, Moraleda y Orejuela, españoles, como fundadores de los estudios hidrográficos. En el de la flora, la portada la abren Ruiz y Pavón y Malaspina. Tadeo Haenke y Gaspar Xuarez, entre los naturalistas. La cita de nombres en cada una de las especialidades científicas recordadas, podría multiplicarse, pero es ocioso hacerlo ciertamente aquí en estas páginas que sólo aspiran a fijar, en un cuadro generalísimo, el campo que debe abarcar la historia del desarrollo de las ciencias en Chile. Apenas si he anunciado lo que la colonia, en su largo período de cerca de trescientos años, nos ofrece. No es muy pobre el ambiente, y si no es original, si se aleja de las grandes creaciones, acumula elementos que irán formando una tradición científica, si se quiere, sin brillo, pero muy penosa y difícil. Es la infancia de la ciencia chilena.

Naturalmente, estos contornos son más amplios cuando afloran los días de la libertad política y las inteligencias avisoras de los mandatarios de la patria emancipada vislumbran la necesidad de iniciar cuanto antes la prospección de las riquezas naturales del nuevo Estado, las posibilidades de las industrias extractivas, de los yacimientos metalúrgicos, que oculta la tierra virgen. Es éste un doble movimiento. Por un lado, los gobiernos, al intuir las riquezas potenciales del territorio, contratando expertos para atraer los capitales de explotación, procuran formar en la juventud un espíritu científico que tome la dirección de estas hazañas que son los preludios de la industrialización. Es el momento en que llegan al país algunos profesores. Son pocos. La iniciación de esta etapa se verifica en la guerra misma de la independencia. José Miguel Carrera en 1812 impulsa la idea. La Junta de Gobierno de Infante, Egaña y Eyzaguirre, se inspira en el mismo pensamiento en 1814. O'Higgins acentúa y realiza el propósito. Pero los tiempos son de guerra, de afanes económicos increíbles, de angustias, de zozobras y vaivenes. Nada se asienta en su quicio. Algo, un poco, un tanto, se consigue en favor de la explotación de algunas riquezas naturales. En la intención gubernativa de difundir las ciencias físicas y naturales en el colegio, se observa una resisten-

cia. Fuera de la abogacía, de la agrimensura, del sacerdocio, de la medicina, en parte, no se comprende que puedan existir otras carreras. La empresa más difícil de esos gobiernos creadores es abrir el camino a estas nuevas carreras, o, por lo menos, lanzar la juventud en el intento de la aventura, de encontrar en las minas un nuevo campo, en la agricultura modernizada una industria promisoramente rica. Se trata de hacer abandonar viejos hábitos, antiguas concepciones intelectuales. Es el momento más duro y más ingrato porque debe atravesar la educación nacional. Lentamente se impuso un criterio alejado del tradicional. Ello habrá que cargarlo a la acción bienhechora de algunos extranjeros llamados por los gobiernos que se suceden en el período de la organización del Estado, en los albores en que las instituciones republicanas luchan por consolidarse. Corresponde al agitado período de 1823 a 1830. Se quiere que se conozca la geografía de Chile y las producciones del suelo. El General Freire ordena un viaje científico y estadístico y el levantamiento de la carta topográfica del país. Aparece entonces en el escenario un hombre turbulento, arrojado, que se dice sabio, y se llama Juan José Dauxion Lavaysse, pero que no es más que un aventurero. En cambio, se destaca un ingeniero militar que formó en los cuadros del ejército de Napoleón, también francés como el anterior. Se llamaba José Alberto Backler d'Albe, quien no pudo concluir el levantamiento de la carta topográfica. Lo continuó el matemático Ambrosio Lozier, en cuyo espíritu la psicosis fue perturbada por las ilusiones del filósofo ginebrino.

En 1829 llega Chile Claudio Gay y en ese mismo año arriba Andrés Bello. El primero es un naturalista y el segundo un humanista. Los dos realizan en el campo de las inteligencias, en la enseñanza, uno de los esfuerzos más prodigiosos para formar una generación virtuosamente armonizada entre ciencia y humanismo. Quisiera insistir en este punto, y acentuar que los jóvenes que orientó Bello y dirigió Gay, alcanzaron esa universalización de que he hablado al comienzo de estas páginas. ¿Será preciso nombrarlos? Bajo la égida de Humboldt, bajo su influjo, cuyo magisterio fue una verdadera dictadura espiritual, las ciencias de la naturaleza alcanzaron un valor estético, y la prosa de ese gran maestro y de otros que entonces describían asombrados el mundo, visitado en audaces expediciones por viajeros más audaces aún, tuvo resonancia de belleza, de evocación, de poesía, de esa armonía infinita, en la forma, y majestuosa en el misterio de la generación con que Dios creó la vida. En los días de Gay y de Bello, Humboldt, con sus libros, descubría América para el mundo europeo, la imponía por el valor de su ciencia, la hacía palpar por el estilo literario en el que vibraban las ignotas regiones visitadas, lle-

nas de encanto por la seducción de la pluma del artista y la imaginación descriptiva del poeta. Más tarde, Domeyko contribuirá a mirar la naturaleza con el criterio exigente del sabio, pero sabrá sentir la belleza del paisaje con la misma fuerza de los maestros científicos de Francia. Rudolfo Amando Phillipi, representará la escuela alemana entre nosotros.

En la segunda mitad del siglo XIX, el desarrollo de las ciencias alcanza un volumen respetable, y encuentra en la Universidad de Chile una institución protectora de estímulos incansables. Profesores chilenos y extranjeros cooperan desinteresadamente en su cultivo, y testimonio de ese soplo vital que la anima son los *Anales de la Universidad de Chile*, publicación establecida al año siguiente de la fundación de este instituto, en 1843. Las páginas de esta revista científica y literaria, la más antigua de la lengua española, forman el archivo más copioso del pensamiento intelectual chileno. Ningún estudio serio sobre la evolución cultural es posible realizar sin acudir a esa fuente. Allí están agrupados metódicamente, al menos hasta comenzar nuestro siglo, todo cuanto la ciencia ha hecho en sus diferentes especialidades. Además, esa revista es un precioso conjunto de informaciones biográficas.

No resulta, pues, una obra difícil emprender con el material historiográfico disponible y admirablemente investigado, abordar la historia de las ciencias en Chile. Hay capítulos casi hechos. En otros casos, falta la sistematización. Lo interesante es que los elementos existen. Al llamar la atención sobre el punto que ha originado esta disertación, me parece que cumple a la Sociedad Científica de Chile, de tan antigua y respetable tradición, acometer una labor que, al prestigiarla, elevará el pensamiento científico, dándolo a conocer en su conjunto. Ya la historia misma de la Sociedad forma una sección valiosa en este relato, que urge emprender.

*

* * *

Al incorporarme al seno de la Sociedad Científica de Chile, bajo los generosos auspicios de vuestra elección, os pido me consideréis un obrero en las labores de ésta la historia de las ciencias, ofrecimiento que os hago como ínfima contribución por el favor que me habéis otorgado al hacerme miembro honorario de la Sociedad, conjuntamente con mis ilustres colegas los doctores Leonardo Guzmán y Eduardo Cruz Coke.

Gracias, señores socios, por el honor que nos habéis concedido.